

Llegué a Can Serrat el 4 de julio del 2022, proveniente desde La Habana, Cuba. Hice mi entrada oficial el 5 de julio y, casi desde el primer momento en que me asenté en la casa, supe que mi propósito durante las siguientes semanas sería concentrarme a profundidad en los tantos proyectos escriturales que traía a bordo, en mi maleta mental de ideas y de letras. Can Serrat fue una experiencia muy provechosa, que me permitió una total concentración y disciplina en la escritura, una inmersión radical en mis procesos y en el descubrimiento (y fortalecimiento) de mi propia voz autoral.

Me considero una escritora inquieta, de esas que no puede parar de pensar en sus textos, y de esa propia inquietud creativa fue que nació mi deseo de transmutar el proyecto original con el cual me presenté a la convocatoria de la beca (un proyecto de crónicas que abordarían temas como los empleos inusuales en mi país y sus derivaciones a nivel de pensamiento en los actantes sociales), pero en Can Serrat tuve la percepción de que rendiría más dedicarme a un proyecto de libro. Gracias a otra becaria, que leyó uno de esos primeros textos, llegué a la obra de la argentina Mariana Enríquez y, a través de ella, empecé a conocer una serie de historias de autores (y sobre todo autoras) latinoamericanos que yo no conocía. De estas nuevas lecturas nacieron, a su vez, los nuevos textos.

Mi disciplina de trabajo era bien clara. Levantarme, caminar una hora., bañarme, tomar un té y a escribir se ha dicho. Solo me detenía a la hora del almuerzo y después regresaba invariablemente a la escritura hasta casi las siete de la noche. A veces incluso más. (Es a eso a lo que le llamo inmersión de escritura). Mi experiencia conociendo Barcelona, las lecturas y visitas a museos, el acceso a la biblioteca, el intercambio con otros becarios, la experiencia de vivir en comunidad literaria fueron también alicientes poderosos para dar rienda suelta a mis experiencias como escritora y reflejar estas en la página en blanco.

Como parte de mi resultado de trabajo en Can Serrat pude culminar 12 cuentos que formarán parte de mi próxima antología personal de relatos y una obra de teatro, aún *work in progress*, cuya revisión ha encaminado mis próximos viajes escriturales. Estos doce relatos que escribí en la residencia abordan, desde una perspectiva de género, las violencias cotidianas y

situaciones de enrarecimiento y claustrofobia que construyen una atmósfera donde realidad y mundos posibles encuentran un asidero de verosimilitud. Lo oscuro, lo torcido, lo roto tanto en materia espiritual como física, tanto en el vientre de los personajes como en su mente son los leitmotifs argumentales que articulan la estructura externa de mi proyecto.

En Can Serrat he vivenciado la escritura como proceso, como viaje espiritual, de encuentro con el otro pero sobre todo con las voces que laten en el interior de mi creación. Escuchar esas voces en el bullicio de lo cotidiano es siempre difícil, de ahí que becas como estas ayuden a encaminar no solo los pasos de los autores sino también que hacen que nuestros oídos se afinen a la escucha de la música de las palabras.

Título del proyecto: *Carnívora*.

## **Muestra de trabajo:**

### **Cerré los ojos**

Todos le teníamos miedo. Ella lo sabía. No le importaba.

Que fuéramos niños no era un impedimento. Su rostro y los pellizcos que otorgaba por cualquier motivo nos aterraban. Al verla acercarse con el puntero me era difícil contener aquella bola molesta que se formaba en el vientre y comenzaba a jugar en el estómago. Un hormigueo extraño en mis piernas daba paso a unos fuertes calambres. El pavor me inmovilizaba y un chorro incontenible deseaba salir de mi pequeña vejiga. El baño se convertía en una quimera. “Te aguantas, para eso está el receso”, nos decía siempre.

A pesar de ser la auxiliar, poseía los mismos poderes que la maestra. Revisaba tareas. Improvisaba dictados. El que tuviera faltas tenía que repetir cien veces la palabra corregida. El aula se mantenía en un silencio sepulcral. Ella inamovible frente a todos. Yo temía hasta mirarla. En su presencia no se podía hablar. Había algo sombrío y cruel en sus ojos que nos ponía los pelos de punta.

En ocasiones nos hacía dormir en el pupitre. Bajar la cabeza sin derecho a levantarla mientras ella comenzaba a fumar. Fumaba mucho. A veces se le terminaban los cigarros. Y se volvía una fiera. Cuando lograba conseguir otro, no tardaba en encenderlo, mientras las bocanadas llegaban a cada uno de nosotros.

El aula devenía un desierto, envuelto en una niebla enrarecida, donde todos simulábamos dormir.

El comedor de la escuela era limpio y ordenado. Allí se elaboraba la comida. Al pasar veíamos las cazuelas bullir. Sentíamos los olores, las conversaciones. El chícharo, el arroz y el huevo formaban parte del menú estrella. Les llamamos los tres mosqueteros. Sin olvidar la galleta de soda con mantequilla. Esta era tan abundante que nos entreteníamos en apretar las dos

tapas de galletas para ver la mantequilla salir en forma de gusanitos. Rápidamente le pasábamos la lengua. Y cuando más entretenidos estábamos un pellizco nos traía de vuelta. “Esa leche hay tomársela”. En segundos un nudo se apoderaba del estómago. Acompañado del miedo.

La leche.

La leche de la escuela no era blanca. Era un charco con pedazos de nata flotando y algunos puntos semi rojizos. Decían que era la grasa. Servida en un vaso de aluminio hacía un contraste más aterrador. Lo llenaban hasta el borde. Más de una vez contuve las arcadas, no sé si por temor a la leche o a ella. Era imposible evadir aquel líquido que esperaba inerte y contaba con el apoyo férreo de aquella dictadora que no necesitaba hablar. Parada a mi lado aguardaba como una fiera deseando saborear a su presa.

Me acerqué el jarro a la boca. El olor a grasa y a nata atravesaron mis fosas nasales, allí enviaron una señal de alerta. La náusea corría hacia mi garganta y con un gesto imité a mis compañeros. Apreté mi nariz antes de acercarme el jarro. Apenas pude tragar el primer sorbo. Sentí al vomito luchar con el rugido de un estómago arisco. Cerré los ojos y todo fue más fácil.

Ella seguía a mi lado. Sin fumar. Mientras, yo bebía toda su sangre que desbordaba el jarro. Logré tragármela toda.

Absolutamente toda.